

Mercedes Amo, *Salvador Vila: el Rector fusilado en Viznar*, Editorial Universidad de Granada, 2005, 280 pp.

1. El libro que reseñamos, dedicado a la figura de Salvador Vila, *El Rector fusilado en Viznar*, como se hace constar en el subtítulo de la obra, fue publicado en pleno fragor del llamado “movimiento para la recuperación de la memoria histórica”, movimiento, nos parece, más sociopolítico que historiográfico, con independencia de que se hayan subido al carro, a favor o en contra, algunos historiadores profesionales (o *cosa parecida* a estos). Efectivamente, el libro, si hacemos caso a la propia autora, Mercedes Amo, profesora de literatura árabe en la Universidad de Granada, encajaría en los cánones con los que ha venido operando, opera aún, dicho movimiento y en el que el término “memoria histórica” aparece asociado a otros como “víctimas”, “justicia” o “reparación”. En este sentido, el libro de Mercedes Amo es claramente intencionado hacia ese propósito ya que trata de recuperar la memoria de Salvador Vila, de su familia y de su entorno. Es más: no sólo se dirige a recuperar dicha memoria sino también a proyectarla públicamente. Con este objetivo, la obra se presenta dividido en cinco capítulos, si bien podrían diferenciarse en la misma dos partes claramente. De un lado, los tres primeros capítulos, como luego veremos, dedicados propiamente a la vida de Salvador Vila, y una segunda parte, compuesta por los dos capítulos restantes, el cuarto también de carácter biográfico, si bien dedicado a los *supervivientes* de Salvador Vila –su mujer principalmente, aunque no sólo–, y el quinto, dirigido directamente a la recuperación de la memoria de Salvador Vila.

El logro de estos propósitos –relatar la vida de Salvador Vila y recuperar su memoria– se adivina que no ha sido sencillo. Las dificultades con las que se ha encontrado la autora se vislumbran hasta en lo más esencial. En este sentido, como una auténtica dificul-

tad ha de considerarse la no muy larga vida de Salvador Vila –había nacido en 1904–, a lo que debe unirse la escasa proyección pública que éste tuvo: apenas tres años y con poca repercusión más allá de Granada y de un entorno intelectual más o menos cerrado (no debe olvidarse la condición de arabista de Vila). Todo esto, con independencia, hay que insistir, de las dificultades que implica para la elaboración del relato biográfico del personaje, nos pone sobre la pista de algo que sí resulta de interés desde el punto de vista historiográfico, hasta el punto de que puede observarse en ello cierta aportación del movimiento de “memoria histórica”. Y es que éste está sirviendo de base y excusa para la elaboración de trabajos de historia local o de estudios dedicados a personajes secundarios, casi anónimos en muchos casos, que difícilmente habrían visto la luz de otro modo. El entramado historiográfico que se reconoce en todo ello –seguramente inconsciente y desconocido para muchos de los autores de estos trabajos, en su mayoría procedentes de un ingenuo y a veces peligroso amateurismo–, viene de lejos y en él hay que situar a la escuela de los Annales, a los historiadores marxistas británicos y por supuesto a la llamada microhistoria con Carlo Ginzburg a la cabeza. Quizá sea pronto para afirmarlo, pero algo tan ahistórico en su fundamentación como es la memoria histórica puede resultar en sus productos finales un elemento de afianzamiento de todas esas corrientes historiográficas que han coincidido, desde hace muchos años, en el intento por incorporar al relato histórico a otros sujetos distintos de sus tradicionales protagonistas.

Además de esta aportación, también desde el punto de vista historiográfico, en esta obra hay otra contribución que nos parece al menos digna de ser reseñada. El libro confirma modestamente la revalorización a la que se asiste desde hace tiempo del llamado género biográfico. A estas alturas parece ya superada esa pose de ciertos historiadores despreciativa

hacia la biografía por considerarla algo menor y sobre todo algo indiferente desde el punto de vista historiográfico. La reivindicación de ésta como perteneciente o integrante del género mayor, del género histórico, es innecesaria hoy día. Desde mediados de los ochenta, como señala François Dosse (en su recomendable *La apuesta biográfica. Escribir una vida*, Universitat de Valencia, 2007), se habría producido el reencuentro entre la historia y la biografía, pasando ésta a ser otra vez científicamente legítima y a existir una auténtica pasión por la misma. De todo ello, sin duda, participa el libro de Mercedes Amo, plenamente integrado –de nuevo: consciente o inconscientemente– en algunas de las pautas del biografismo actual. En este sentido, nos parece destacable como señala el propio Dosse, el pacto por la verdad –al estilo del conocido “pacto autobiográfico” de Philippe Lejeune– que justifica y es el basamento de la buena salud del género. Algo que, más allá de otras consideraciones, no debe verse como una mengua del carácter literario del texto biográfico sino como algo que lo soporta sin necesidad de mayores alharacas.

2. La autora, como antes adelantábamos, dedica propiamente a la biografía de Vila los tres primeros capítulos. De ésta es destacable –suele suceder en casi todas las buenas biografías–, como el relato vital permite asomarse a la época del personaje. En la habilidad y la sagacidad del autor puede estar incluso el hecho de lograr trasladar al lector la mirada del personaje sobre el tiempo que le tocó vivir. Quizá esto no lo ha conseguido Mercedes Amo, que no se coloca en los ojos de Salvador Vila, ya que no es ésta la técnica que sigue, pero sí lo ubica perfectamente –y con él a quienes leemos el texto–, en la época en la que este vive. Es por ello, que esta biografía de Salvador Vila permite recorrer y reconocer la vida intelectual de España en los años veinte y treinta del siglo XX, de la que Salvador Vila no sólo fue testigo sino exponente y actor, si no

protagonista sí al menos secundario. Efectivamente, en Vila y su peripecia vital pueden observarse ecos del clima intelectual de aquella época en España e incluso fuera de ella –señaladamente en la Alemania de entreguerras, apunto de sucumbir al nazismo.

En este sentido, el capítulo primero “De Salamanca a Granada”, nos da cuenta de la vida del biografiado desde su nacimiento en la vieja ciudad castellana hasta su llegada a Granada, ya en 1934. Serán los años formativos de Vila tanto desde el punto de vista intelectual como humano. Estudiante de Filosofía y Letras y Derecho en la Universidad de Salamanca, en la Universidad presidida y traspasada por la personalidad de su Rector Miguel de Unamuno –del que se considerará discípulo y al que le unirá una relación estrecha hasta el final de sus días–, se doctorará posteriormente en la Universidad Central, en Madrid. El Vila que se nos muestra permite adivinar a un joven y prometedor estudiante en un Madrid efervescente desde el punto de vista intelectual. Un Vila comprometido políticamente –algo consustancial entonces para quien se mueve en cualquier círculo intelectual– en la oposición al Directorio de Primo de Rivera, lo que le costará un corto destierro en las Islas Chafarinas, en unión de otros ilustres opositores al régimen primoriverista (Francisco Cossío y Jiménez de Asúa). Será éste el periodo de los primeros pasos en su carrera académica: su tesis doctoral, defendida en abril de 1927, y su decisiva estancia en la Universidad de Berlín, en el curso 1928/1929. Este periplo berlinés será determinante en su vida pues le permitirá conocer a Gerda Leimdörfer, hija de una familia judía alemana, con la que poco después contraerá matrimonio. Después de un periodo breve e intenso en Madrid, 1933 será un año decisivo: además del nacimiento de su único hijo Ángel, obtendrá la Cátedra de Cultura e Instituciones Musulmanas, de la que tomará posesión en Granada el 15 de diciembre.

El capítulo dos lo centra la autora en el Vila granadino. De manera minuciosa y deta-

llada, describe dos años y medio de intensa actividad que culminarán con su nombramiento, tras un convulso periodo en el claustro granadino –dimisión del Rector Marín Ocete incluida–, como Rector de la Universidad de Granada en abril de 1936, en puertas prácticamente de nuestra Guerra Civil.

Finalmente, el capítulo tercero se dedica al desenlace fatal que supone el fusilamiento del Rector Vila Hernández. El inicio del verano del 36 de la familia Vila-Leimdörfer coincide con el de tantas familias españolas sorprendidas por la sublevación militar en sus vacaciones apenas iniciadas. Vila se traslada para estas vacaciones con su familia a Salamanca, donde coincidirá con su maestro y amigo Unamuno, situado ya en el inicio de una pesadilla que le llevará al aislamiento y a la incompreensión más absolutas, antesala de su muerte. En Salamanca será destituido de su cargo de Rector y finalmente detenido para ser conducido a Granada, donde las fuentes más fidedignas –a las que se suma la propia autora– sitúan su muerte, fusilado, en la madrugada del 23 de octubre, en un lugar terriblemente célebre para la represión granadina: Viznar. La muerte de Vila, sin duda una de las personalidades civiles de la ciudad, será por desgracia una más de las numerosas víctimas que la represión conocerá en Granada y en la que su universidad –como se deja constancia en este capítulo– resultará una importante damnificada.

3. La segunda parte del libro, los dos capítulos restantes, fallecido el protagonista, están dedicados por la autora a las vicisitudes de la familia de éste y a la recuperación de su memoria, respectivamente. En efecto, el relato que contiene el capítulo cuarto es el de una supervivencia: la de Gerda, su hijo y sus padres en una España hostil para la viuda de un fusilado y en una Europa amenazante para un matrimonio judío. Una serie de peripecias llevarán finalmente a Gerda y a su padre a reencontrarse, exiliados, en Inglaterra, donde la viuda de Vila fallecerá en 1980.

El capítulo quinto, como señalábamos, está dedicado directamente a la recuperación de la memoria, una recuperación que ilustra la autora en los dos planos en los que este tipo de procesos suele desenvolverse. De un lado, el plano personal, familiar, representado en este caso por el hijo de Salvador Vila y sus nietos ingleses deseosos de conocer sus orígenes y la suerte de su abuelo, del que difícilmente su propio padre pudo darles noticias precisas. De otro lado, el plano oficial, ejemplificado en la polémica sobre la colocación del cuadro de Vila en la galería de retratos de Rectores de la Universidad de Granada, polémica con poca proyección, desatada tempranamente en la segunda mitad de los setenta. La inteligente reacción de la viuda, su no coincidencia con la opinión de otros parientes en España, partidarios de dejar que las cosas discurrieran sin estridencias, y la posición del entonces Decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Granada, José Manuel Pérez-Prendes, erigido en defensor público de la memoria de Vila, son elementos de un episodio que deja el regusto amargo de toda justicia tardía: de la justicia que llega, sí pero tarde.

4. Este libro, sobrecogedor en algunos de sus pasajes, más allá de sus aportaciones historiográficas, que pueden ser consideradas modestas o de relativa importancia, es por encima de todo un libro *necesario*. Las librerías españolas han visto inundadas sus mesas de novedades en los últimos años por este tipo de textos. De muy desigual calidad historiográfica y factura literaria, asistimos a la publicación continua de libros *necesarios*, como éste. Lo son porque sirven para recuperar la memoria personal y por tanto la memoria colectiva de muchos españoles como Salvador Vila Hernández y su familia. De muchos españoles que no tuvieron derecho ni siquiera a ser recordados donde tenían que ser recordados. En este caso, en la Universidad que lo acogió brevemente como Catedrático, de la que llegó a ser Rector y a la

que, todo lo apuntaba, hubiera dedicado buena parte de sus esfuerzos y afanes.

*César Hornero Méndez*

*Annali di Storia delle università italiane*, Bolonia, CLUEB, 11 (2007) 491 pp.

*Annali di Storia delle Università italiane*, la revista que con periodicidad anual publica el Centro interuniversitario per la storia delle università italiane (CISUI) alcanzó en 2007 su número 11 confirmándose así como la publicación que con mayor asiduidad nos informa a propósito de la historia de las universidades italianas.

En esta ocasión, el volumen se abre con un primer artículo, firmado por Roberto Greci, de la Universidad de Parma, sobre la integración en el esquema universitario de los estudios destinados a formar a los profesores de enseñanza secundaria. Tras analizar las primeras experiencias de “Escuelas para profesores”, que empezaron a funcionar en los años iniciales del siglo XX, observa cómo encargo similar fue atribuido a la Universidad a través de una no siempre bien definida Escuela para la enseñanza en la escuela secundaria (SISS). La Escuela, que debería haber comenzado a funcionar por ley de 2003, al no tener ésta efecto aún, ha quedado en el aire dejando, a su vez, sobre la mesa el debate de si la universidad debe asumir o no la tarea formativa aludida.

Completada con este artículo la sección *Il punto*, generalmente albergadora de estudios relacionados con asuntos de vigente debate, la sección *Studi* agrupa un conjunto de textos esta vez centrados monográficamente en la Universidad de Milán. El dossier, presentado por dos prolíficas estudiosas de ese mismo centro, las profesoras Brambilla y di Renzo Villata, arranca con un texto firmado por la pri-

mera de ellas y centrado en el estudio de las escuelas universitarias de Milán, en el tránsito de los siglos XVIII al XIX. Si bien la sede de la Universidad del Estado de Milán estaba originariamente situada en Pavía, en la capital lombarda funcionaban las llamadas escuelas palatinas, los colegios de jurisconsultos, físicos e ingenieros y las escuelas de química y farmacia. Tras la salida de los jesuitas en 1773, las escuelas palatinas se transfirieron al Palacio Brera, sede habitual de los estudios jesuíticos, y los cursos fueron contando cada vez con mayor nivel de especialización. A partir de 1810, bajo el dominio napoleónico, el mismo edificio pasó a ser la sede del Instituto Nacional, de una recién creada Escuela de Veterinaria, así como de la Escuela de Legislación para la formación de graduados en leyes y expertos en política.

El dossier prosigue con el trabajo de Stefano Twardzik, que recoge el testigo cronológico de Bambrilla, y que estudia la Universidad de Milán desde su fundación como universidad nacional en 1923 —en el marco de los cambios propiciados por la ley Gentile— hasta los años 60 del mismo siglo XX. La Universidad echó a andar con cuatro facultades —Medicina y Cirugía, Jurisprudencia, Filosofía y Letras y Ciencias— y con Luigi Mangiagalli al frente como rector. En 1932, la escuela de Veterinaria se transformó en facultad y en 1935 se incorporó, también como facultad, la de estudios agrícolas. Tras haber sufrido importantes daños durante la Segunda Guerra Mundial, los años 50 y 60 se caracterizaron por un intensivo trabajo de reconstrucción, por el crecimiento de la Universidad y por su reconocimiento internacional.

Con el punto de partida del año 1923, momento que confiere a los estudios milaneses la condición de Universidad estatal, se agrupan ahora una serie de trabajos que abordan sectorialmente las diversas especialidades que se cursaban allí. Maria Gigliola di Renzo Villata y Gian Paolo Massetto abordan, primero, el estudio de la facultad de Derecho,